

CUADERNOS DEL CENTRO ARRUPE

Cinco preguntas del Padre Arrupe a los cristianos de hoy

(A LOS 50 AÑOS DE SU ELECCIÓN COMO PREPÓSITO GENERAL
DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. 22 DE MAYO DE 1965)

DARÍO MOLLÁ LLÁCER, SJ

- 03** 1. La elección del P. Pedro Arrupe como 28º Prepósito General de la Compañía de Jesús
- 04** 2. Pedro Arrupe, carisma de Ignacio
- 06** 3. Primera pregunta: ¿Qué experiencia de Dios es la que me mueve y me sostiene? ¿Cuál es su auténtica profundidad en mí? (“Inspiración trinitaria del carisma ignaciano”, Roma, 1980)
- 09** 4. Segunda pregunta: ¿Cuál es la clave de integración de mi vida? ¿Cuál es su eje integrador? (“La Misión Apostólica, clave del carisma ignaciano”, Loyola, 1974)
- 12** 5. Tercera pregunta: ¿Me siento Iglesia? ¿Vivo mi misión como y en Iglesia? (“Servir sólo al Señor y a la Iglesia, su Esposa, bajo el Romano Pontífice, vicario de Cristo en la tierra”, Roma, 1978)
- 13** 6. Cuarta pregunta: ¿Estoy activo en mi discernimiento? ¿Estoy abierto a los cambios que la misión me pide? (“El modo nuestro de proceder”, Roma, 1979)
- 14** 7. Quinta pregunta: ¿Mi caridad está “afectada” por la injusticia que hay en el mundo? ¿La lucha por la justicia es una dimensión de mi vida? (“Arrraigados y cimentados en la caridad”, Roma, 1981)

Los CUADERNOS CENTRO ARRUPE quieren dar a conocer y difundir la reflexión que se realiza en el Centro Arrupe de Valencia, así como ayudar a otras personas y grupos que pueden encontrar en estos CUADERNOS un material de interés.

@ Centro Arrupe Jesuitas - Valencia

Gran Vía Fernando el Católico, 78 – 46008 Valencia

centroarrupe@centroarrupe.com

Centro Arrupe 2014-2015

ihs **CENTRO ARRUPE**
JESUITAS VALENCIA

Toda la información **actualizada** de las actividades de este curso en **www.centroarrupevalencia.org**



1.- LA ELECCIÓN DEL P. PEDRO ARRUPE COMO 28º PREPÓSITO GENERAL DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

El día 22 de mayo de 1965, la Congregación General 31ª de la Compañía de Jesús, reunida en la Curia de Roma, elegía al P. Pedro Arrupe Gondra, bilbaíno, Provincial de Japón en el momento de su elección, como su 28º Prepósito General, tras la muerte de su antecesor, el jesuita belga P. Jean Baptiste Janssens. Esa elección requirió tres votaciones para alcanzar la necesaria mayoría absoluta de los congregados electores (¹).

¿Qué perfil de General buscaba esa Congregación? Hay dos datos que nos pueden iluminar.

Antes de la elección, y siguiendo el procedimiento habitual en estos casos en la Compañía de Jesús, el P. Maurice Giuliani había señalado algunas notas del perfil deseable en el General a elegir: una persona enteramente abierta al mundo, atenta a las necesidades de la Iglesia en un momento de renovación, que ame a la Compañía y sepa discernir las respuestas actuales que pide su vocación, que funde su apostolado en la Pasión y Resurrección de Jesucristo. Era un perfil coherente con el momento renovador que estaba viviendo la Iglesia en pleno Concilio Vaticano II. De hecho, esta Congregación General se iniciaba entre la tercera y la cuarta etapa del Concilio, y tras una interrupción, la Congregación finalizaría con posterioridad al fin del Concilio, ya bajo la dirección del P. Arrupe.

De entrada, el P. Arrupe no era el candidato mayoritario (²), sino que pertenecía a un grupo de cuatro jesuitas que fueron considerados como “elegibles” por un número importante de congregados: con él formaban parte de este grupo los PP. Paolo Dezza, Roderick Mckenzie y Jhon L. Swain. Los PP. Dezza y Swain, que significaban opciones más “continuistas”, fueron los primeros en ser descartados. De los dos restantes, el P. Mckenzie, biblista canadiense, ofrecía un perfil más “intelectual” y el P. Arrupe un perfil más pastoral y misionero. Queda clara, pues, la intención de la Congregación al elegir al P. Arrupe.

-
- 1 Toda la información sobre la Congregación General 31ª, y, por tanto, sobre la elección del P. Arrupe está tomada del exhaustivo estudio que sobre la citada Congregación, publicó el P. Urbano Valero, en el libro de Gianni la Bella “Pedro Arrupe. General de la Compañía de Jesús”, eds. Sal Terrae y Mensajero, 2007. El estudio del P. Valero es el tercero de los que integran este volumen, lleva por título “Al frente de la Compañía: la Congregación 31” y ocupa las páginas 139 a 249.
 - 2 Es interesante constatar que el sucesor del P. Arrupe, el P. Kolvenbach, fue elegido al primer escrutinio y que el actual P. General, el P. Adolfo Nicolás, fue elegido al segundo escrutinio.

2.- PEDRO ARRUPE, CARISMA DE IGNACIO

Con ocasión de este aniversario, la colección MANRESA, dedicada a la publicación de fuentes y escritos básicos de espiritualidad ignaciana, pensó, hace ya varios años, en la publicación de algunos de los escritos esenciales del P. Arrupe referidos al carisma ignaciano. Dicha publicación ha visto la luz en este mes de mayo de 2015 (3). Y es la base de esta conferencia.

En ella no encontraremos nuevos datos sobre la biografía del P. Arrupe, sobre lo que podríamos llamar el Arrupe “exterior”. Ya hay publicadas excelentes biografías (4). Pero sí que nos encontraremos:

- a) Al Arrupe “interior”, al jesuita de una hondísima vivencia espiritual, que es la que anima su acción, su creatividad, su compromiso, su fuerza en las dificultades:

“Uno de los hombres que mejor conoció al P. Arrupe escribió que Arrupe era más conocido por fuera, es decir, por su personalidad desbordante, por lo que hizo, que por dentro, por la Fuente interior de donde manaba todo lo anterior. Y añadía que lo más importante de él era esto segundo: su adentro y aquel que lo inspiraba y dirigía...” (5)

- b) Al Arrupe intérprete de San Ignacio. La Compañía de Jesús le debe muchas cosas al P. Arrupe. Y, entre ellas, una de las más importantes para los que nos alimentamos del carisma ignaciano es la puesta en valor y la reformulación de ese carisma adaptado a nuestros tiempos. En palabras de Ignacio Iglesias:

“... sin duda, uno de los mayores servicios de Pedro Arrupe, todavía apenas analizado y comprendido como tal, es el de la reinterpretación de Ignacio de Loyola, de la que ya no se podrá prescindir en el futuro, en un largo futuro... Misión, disponibilidad, opción por los pobres, sentido trinitario, fe-justicia... deben a Arrupe el poder ser hoy caminos transitables y transitados de hecho ya por muchos no sólo en la Compañía de Jesús, sino dentro de la espiritualidad ignaciana” (6)

- c) Al Arrupe profeta. Es significativo que la definición de profeta que hace el Papa Francisco en su carta “Testigos de la alegría” con ocasión del año de la Vida Consagrada parece un retrato del P. Arrupe:

“El profeta recibe de Dios la capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los acontecimientos: es como un centinela que vigila por la no-

3 “Pedro Arrupe, carisma de Ignacio” Darío Mollá Llácer (ed), Colección MANRESA, nº 55. Eds. Mensajero, Sal Terrae, Universidad Pontificia de Comillas, 2015.

4 Baste con citar la de Pedro Miguel Lamet “Arrupe, testigo del siglo XX, profeta del XXI”, ed. Mensajero, 2014 y el conjunto de estudios recogidos en el libro de Gianni la Bella que hemos citado en la nota 1.

5 José A. García, en “Pedro Arrupe, carisma de Ignacio”, p. 13.

6 Ignacio Iglesias, en “Pedro Arrupe, carisma de Ignacio”, p. 20.

che y sabe cuando llega el alba (cf. Isaías 21, 11-12). Conoce a Dios y conoce a los hombres y mujeres, sus hermanos y hermanas. Es capaz de discernir, y también de denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre, no debe rendir cuentas a más amos que a Dios, no tiene otros intereses sino los de Dios. El profeta está generalmente de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte” (7)

Este encuentro con el Arrupe interior, carismático y profeta ha significado para mí una profunda experiencia personal y espiritual, que es la que, de algún modo, voy a compartir con vosotros. Y para hacerlo he optado por proponeros cinco preguntas, una a partir de cada uno de los documentos del P. Arrupe que hemos seleccionado para este libro. Son preguntas para dejarse afectar por ellas, para interiorizarlas, y no para darles una respuesta ya, una respuesta inmediata y precipitada, sino para convivir con ellas y dejar que la respuesta salga del corazón. Las respuestas precipitadas a preguntas hondas suelen ser respuestas o muy superficiales o equivocadas... Saboreemos las preguntas, dejémonos interpelar por ellas, releamos los escritos de Arrupe a la luz de estas preguntas...

7 Papa Francisco: “Testigos de la alegría. Carta apostólica a todas las personas consagradas”. Ed. Publicaciones Claretianas, 2014, p. 21.

3.- PRIMERA PREGUNTA: ¿QUÉ EXPERIENCIA DE DIOS ES LA QUE ME MUEVE Y ME SOSTIENE? ¿CUÁL ES SU AUTÉNTICA PROFUNDIDAD EN MÍ? (“INSPIRACIÓN TRINITARIA DEL CARISMA IGNACIANO”, ROMA, 1980)

Esta pregunta, tan fundante y decisiva, es la que nos plantea el primer documento del P. Arrupe recogido en esta selección de cinco. Porque en él laten una serie de convicciones básicas:

- De la profundidad de mi experiencia de Dios depende la profundidad con la que voy a vivir mi vida, y la hondura de mi compromiso con mis hermanos; sin esa experiencia, mi compromiso va a estar tentado y amenazado de superficialidad;
- De la vitalidad de esa experiencia de Dios, del Dios siempre nuevo y que habla de modo nuevo en las circunstancias de la historia dependerá mi creatividad; creatividad que no tiene que ver con artificios ingeniosos ni banalidades, sino con un deseo de servicio siempre renovado y atento;
- Del vigor y la fuerza de mi experiencia de Dios va a depender la constancia y la perseverancia en el servicio y el compromiso con mis hermanos, siempre amenazado por las dificultades exteriores y los desánimos y cansancios interiores;
- Del contenido de esa experiencia de Dios, de aquel rostro de Dios que me es dado contemplar, va a depender mi modo de situarme en la vida, mis actitudes básicas en ella.

En la primera parte de este documento sobre “La inspiración trinitaria del carisma ignaciano”, el P. Arrupe hace una síntesis, a la vez completa y sencilla, de la evolución espiritual de San Ignacio desde su conversión hasta su madurez, expresada en su “Diario Espiritual”. Una síntesis enormemente útil para quien quiera acercarse al proceso interior del santo de Loyola a lo largo de toda su vida.

En esa síntesis se va poniendo de manifiesto el carácter trinitario de dicha experiencia de Dios. Experiencia que queda plasmada, de un modo plástico y vigoroso, en la contemplación de la Encarnación de los Ejercicios Espirituales, contemplación claramente trinitaria. El Dios de Ignacio de Loyola es el Dios Trinidad: una Trinidad en un profundo diálogo intratrinitario, y una Trinidad volcada compasivamente sobre el mundo. El “ad intra” y el “ad extra” de la Trinidad. El Dios de Ignacio es diálogo y compasión. Y ese Dios que es diálogo y compasión va a marcar decisivamente toda la espiritualidad ignaciana.

Tras ese recorrido histórico, el P. Arrupe destaca los elementos que el mismo San Ig-

nacio explicitó como propios de una espiritualidad fundada en la experiencia del Dios Trinidad. Señala, y se detiene en comentar, fundamentalmente tres: el vivirnos, como Cristo y en unión con El, en misión; una misión que se realiza al modo de Cristo: en humildad, abajamiento y cruz; y, finalmente, el ser contemplativos en la acción, la experiencia de la unión con Dios en el ejercicio de la compasión.

Y, tras esto, inicia el P. Arrupe una reflexión muy honda y sugerente. A partir de su experiencia trinitaria, San Ignacio explicitó unos elementos propios de su carisma. Pero ese carisma admite nuevas profundizaciones, y al igual que sucedió con san Ignacio, ahondar en la experiencia del Dios Trinidad nos descubrirá aspectos nuevos del carisma ignaciano. Entre ellos, señala el P. Arrupe el de la Trinidad como modelo de persona: ser persona es ser en relación, ser en donación y en entrega, ser persona "para los demás" y el de la Trinidad como modelo de comunidad: una comunidad en comunión interior para el servicio al mundo.

4.- SEGUNDA PREGUNTA: ¿CUÁL ES LA CLAVE DE INTEGRACIÓN DE MI VIDA? ¿CUÁL ES SU EJE INTEGRADOR? (“LA MISIÓN APOSTÓLICA, CLAVE DEL CARISMA IGNACIANO”, LOYOLA, 1974)

Es muy importante que tengamos en la vida una clave de integración, un eje en torno al cual se articulen todas nuestras actividades y todas las dimensiones de nuestra persona, un horizonte hacia el cual miremos y tendamos en todo aquello que hacemos y somos. Eso nos da una profunda unidad interior, una armonía que sosiega, y nos evita la dispersión, el descontrol e incluso la insatisfacción permanente o la ruptura de nuestro equilibrio vital.

La intuición del P. Arrupe en este documento es que la clave de integración, aquello que da unidad a la Compañía de Jesús, en su pluralidad y en su diversidad de personas y de actividades, es el sentido de misión. Sentido de misión que deriva directamente de la experiencia trinitaria y de vivirnos como compañeros y seguidores de un Jesús, que se vive a si mismo como el Enviado, cuyo alimento no es otro que cumplir la voluntad del Padre que le envía. Y esa misma propuesta es la que se nos hace a cada uno de nosotros desde el carisma ignaciano: hacer de la misión el eje de integración de nuestra vida, hacer del servicio, del “ayudar” ignaciano, nuestro horizonte vital.

Es una propuesta enormemente valiosa porque es válida para todas las actividades de nuestra vida, y no sólo para las actividades, sino para todas las dimensiones de una vida humana: las relaciones interpersonales, el cuidado de nosotros mismos, el descanso y también nuestras pasividades, nuestras disminuciones. Todo puede ser para nosotros misión, servicio, y vivir todo como misión le dará sentido y unidad. La propuesta de la misión como eje de integración es también una propuesta válida para todos los momentos y etapas de la vida, que se pueden vivir como “misión”, con formas distintas de concretarla según las propias posibilidades.

En esta conferencia el P. Arrupe hace un exhaustivo análisis del concepto ignaciano de misión desde muy distintos puntos de vista, algunos referidos específicamente a la misión de la Compañía de Jesús, y otros válidos y aplicables a todas las personas. E insiste en que el concepto de misión es “la llave maestra”, la que abre todas las puertas, para entender y profundizar en el conocimiento del carisma ignaciano.

De todas sus reflexiones y aplicaciones hay dos que quiero destacar:

- Aquella que dice que la misión nos da una clave para nuestra contemplación del evangelio. Vivirnos en misión nos invita a preguntarnos en cada pasaje evangélico que contemplemos qué nos sugiere para cumplir mejor la misión recibida y qué lección concreta podemos aprender de ese pasaje para nuestra vida de apóstoles. Cuando nos acercamos contemplativamente al evangelio desde una perspectiva concreta, esa contemplación será mucho más fecunda;

- En segundo lugar, el vivirnos en misión nos da un modo de leer el mundo. El modo de leer el mundo de Dios, que Arrupe sintetiza en tres palabras: “con la anchura, con la hondura, y con la cercanía de Dios”. Con la universalidad y la mirada amplia de Dios, con la profundidad de Dios, con el cariño de Dios.

El centro de nuestra misión es el hombre, “todo el hombre y todos los hombres” en su dimensión individual y en su dimensión social, y la fidelidad y el rigor en nuestra misión nos pide un permanente discernimiento para captar las nuevas necesidades y las respuestas adecuadas a ellas.

5.- TERCERA PREGUNTA: ¿ME SIENTO IGLESIA? ¿VIVO MI MISIÓN COMO Y EN IGLESIA? (“SERVIR SÓLO AL SEÑOR Y A LA IGLESIA, SU ESPOSA, BAJO EL ROMANO PONTÍFICE, VICARIO DE CRISTO EN LA TIERRA”, ROMA, 1978)

Sé que esta pregunta puede suscitar cierta incomodidad en algunas personas, pero es una pregunta absolutamente necesaria, y precisamente en este momento, desde la fidelidad al mensaje espiritual del P. Arrupe, y desde la fidelidad del P. Arrupe al carisma ignaciano.

Quizá por eso, quiero comenzar recordando que las relaciones del P. Arrupe, y del mismo San Ignacio, con los Papas no fueron siempre fáciles, e incluso atravesaron momentos muy difíciles. En el prólogo del libro “Pedro Arrupe, carisma de Ignacio”, José A. García lo expresa con claridad y delicadeza:

“El amor y devoción del P. Arrupe hacia la Iglesia y la figura del Papa no fue menos que el de San Ignacio. Hay muchos datos que lo corroboran. La diferencia puede estar en que el santo, curtido ya en mil batallas y persecuciones, prestó más atención que Arrupe a las mediaciones eclesiológicas, tal vez necesarias, pero excesivamente intrincadas y espesas para su modo de ser y proceder” (8)

Quiero llamar la atención sobre el verbo que he utilizado en la pregunta: el verbo “sentir”. Es un verbo muy ignaciano, al que San Ignacio da un contenido muy especial, y que es el verbo que utiliza en sus Reglas para “el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener” (9), que son, conviene notarlo, unas Reglas de comunión y discernimiento. El mismo P. Arrupe en esta conferencia nos da una preciosa definición del “sentir” ignaciano:

“No es un mero conocimiento intelectual. Es un conocimiento impregnado de afecto, fruto de experiencia espiritual, que compromete a todo el hombre” (10).

El sentirnos en Iglesia nos abre a tres dimensiones muy importantes para nuestro seguimiento de Jesús “a la ignaciana” y para nuestra misión: la comunión, la universalidad y la disponibilidad.

La comunión con toda la Iglesia en el servicio a una misión que no es propiedad nuestra, sino la misión de Cristo, que compartimos con todos los demás cristianos. La comunión evita que hagamos de la misión nuestra propiedad o, lo que sería peor, nuestro capricho. La universalidad nos hace auténticamente servidores en el espíritu del “más” ignaciano que quiere hacerse presente donde más necesidad haya y donde el servicio sea más urgente o difícil. Y la disponibilidad que nos hace servidores en plenitud y gratitud, al modo evangélico. Es preciosa la cita de San Ignacio con la que el P. Arrupe acaba esta conferencia:

.....

8 José A. García, en “Pedro Arrupe, carisma de Ignacio”, p. 15.

9 Ignacio de Loyola: Ejercicios Espirituales, nº 352.

10 Nº 49 de la conferencia “Servir sólo al Señor y a la Iglesia”.

“Cuanto al deseo tan bueno y santo... que fuesen algunos [de la Compañía] para España, y otros para la India, también yo lo deseo. Y aun para otras muchas partes. Mas, como no somos nuestros ni queremos [serlo] nos contentamos con peregrinar dondequiera que el Vicario de Cristo nuestro Señor mandando, nos enviare...” (11)

Las características propias del servicio, noción clave en la espiritualidad ignaciana, es otro de los temas que el P. Arrupe aborda en esta conferencia. En un momento determinado de la misma califica este servicio de modo magistral con cuatro adjetivos: “incondicional, ilimitado, magnánimo y humilde” (12).

El modo ignaciano del servicio es el servicio asumido con una disponibilidad plena, sin condición ni exigencia de contrapartida alguna; sin límite, sin poner ninguna frontera de ningún tipo a ese servicio; con grandeza de espíritu, con una generosidad que está dispuesta a darlo todo y a darse todo, y, precisamente por eso, con la humildad de quien, porque está dispuesto a todo, está más dispuesto que nadie a asumir lo pequeño, lo escondido, lo que no tiene relieve humano y a implicarse con los más pequeños y con los más pobres.

Ese “sentirse” Iglesia y vivir y actuar su misión en Iglesia no ha sido ni es siempre fácil, y por ello no es cuestión sólo de voluntad de comunión, sino también de discernimiento activo. En ese discernimiento juegan su papel los criterios de las famosas Reglas Ignacianas. Como no podría ser de otro modo, el P. Arrupe hace mención de ellas en este documento, y sin entrar en una exégesis pormenorizada de las mismas, las propone como criterios de discernimiento en cuatro problemáticas eclesiales del tiempo de Ignacio que siguen vigentes hoy:

- La pretensión de un cristianismo sin Iglesia;
- La ilusión de una Iglesia sin estructuras exteriores;
- El modo de plantear la crítica en el interior de la Iglesia;
- El modo de situarse en las controversias teológicas en el interior de la Iglesia.

.....
11 De San Ignacio en una carta de 1543 al Dr. Bernal. Cita tomada del nº 69 de “Servir solo al Señor...”.

12 “Servir sólo al Señor...”, nº 4.

6.- CUARTA PREGUNTA: ¿ESTOY ACTIVO EN MI DISCERNIMIENTO? ¿ESTOY ABIERTO A LOS CAMBIOS QUE LA MISIÓN ME PIDE? (“EL MODO NUESTRO DE PROCEDER”, ROMA, 1979)

Hablar de misión y hablar de servicio plantea, de inmediato, el tema del discernimiento. Servir es responder a las necesidades del mundo y de la Iglesia, y no sólo servir, sino en la línea ignaciana, buscar el “mejor servicio”. Discernir es estar atentos a esas necesidades y preguntarse con honestidad y criterios evangélicos qué podemos hacer ante esas necesidades.

El documento “Nuestro modo de proceder” responde a una de las grandes preocupaciones de Arrupe: qué hemos de cambiar, en nuestra vida y en nuestra acción, para mejor servir en un mundo que está en permanente cambio. ¿Qué hemos de cambiar para no responder al hoy y al mañana con las soluciones de ayer? Es muy sugerente la vinculación que hace entre el “más” ignaciano y el cambio. Cambiar es una exigencia del “más” en el servicio y en la fidelidad a la misión.

Aparecen en este documento unas reflexiones muy hondas sobre el cambio y sus criterios. Reflexiones que reflejan las propias tensiones a las que se vio sometido el gobierno del P. Arrupe tanto en el interior de la Compañía, como en su relación con otras instancias eclesiales. La tensión entre los que no saben distinguir lo esencial de lo secundario y consideran de todo es esencial y que por tanto todo es intocable y no se puede cambiar nada, y los que pretenden cambiarlo todo, sin atender a elementos que son esenciales y que deben pervivir a pesar de los cambios.

Nos movemos, pues, en un segundo nivel de discernimiento. No sólo el discernimiento sobre necesidades nuevas y respuestas nuevas, sino el discernimiento sobre la legitimidad carismática de las nuevas respuestas y de los cambios que dichas respuestas piden. El discernimiento que distingue lo grande de lo pequeño, lo permanente de lo transitorio, lo universal de lo local, lo sustancial de lo accidental.

El documento “Nuestro modo de proceder”, que es un ejercicio de discernimiento sobre el carisma ignaciano, y que invita al discernimiento de cada uno de nosotros sobre el permanente cambio que la fidelidad a la misión nos pide, va a señalar elementos esenciales del carisma ignaciano y elementos accesorios y cambiantes.

En el momento final de su reflexión Arrupe se pregunta por cuáles deberían ser en este momento las actitudes básicas de quien quiere afrontar la vida desde las propuestas ignacianas. Y diseña una especie de retrato o perfil hecho de once actitudes. De ellas, tres serían particularmente aplicables a los jesuitas; pero hay otras ocho que tienen un carácter universal. Por su carácter universal y por su vigencia actual enumero esas ocho actitudes:

- El amor y la relación personal con Cristo persona como centro y núcleo de mi

experiencia vital;

- La disponibilidad entendida como prontitud, agilidad, libertad para la misión y para nuevas fronteras de misión;
- El sentido de gratuidad que tiene que ver con la pureza y limpieza en nuestras intenciones, objetivos y modos de actuar;
- La universalidad que nos lleva a ir más allá no sólo de las fronteras físicas, sino de toda forma de discriminación;
- La sensibilidad para lo humano y la solidaridad con el hombre concreto; Arrupe define esta sensibilidad con una preciosa expresión: "sensus hominis";
- La búsqueda de la calidad en aquello que se hace: huir de la frivolidad, la demagogia, los dogmatismos y los tópicos...;
- El amor a la Iglesia, a toda la Iglesia, a todo el pueblo de Dios (jerarquía y pueblo), amor hecho de voluntad inequívoca de comunión y de ejercicio de responsable discernimiento;
- El sentido del discernimiento, en actitud de permanente búsqueda y escucha del Señor.

Casi cuarenta años han pasado desde esta descripción y creo que es poco lo que podríamos añadir o quitar de la misma...

7.- QUINTA PREGUNTA: ¿MI CARIDAD ESTÁ “AFECTADA” POR LA INJUSTICIA QUE HAY EN EL MUNDO? ¿LA LUCHA POR LA JUSTICIA ES UNA DIMENSIÓN DE MI VIDA? (“ARRAIGADOS Y CIMENTADOS EN LA CARIDAD”, ROMA, 1981)

Este documento es prácticamente el testamento del P. Arrupe, ya que es una conferencia pronunciada en febrero de 1981, unos pocos meses antes de que sufriera la trombosis que causó el final de su actividad efectiva como General de la Compañía de Jesús, aunque no el final de su testimonio de fe y de vida.

Testamento, por una parte, y, por otra, documento de síntesis. Una síntesis en la que el P. Arrupe quiere destacar la inseparabilidad del amor cristiano, el servicio a la fe y la promoción de la justicia. En su intervención quiere reafirmar desde su honda espiritualidad, y desde una lectura profunda de San Ignacio, la opción tomada por la Congregación General 32 de la Compañía de Jesús al definir la misión de la Compañía como servicio de la fe y promoción de la justicia, unidos de forma inseparable.

A todos nosotros nos advierte que en un mundo donde hay tanta injusticia estructural, y donde hay tanto sufrimiento debido a la injusticia, una caridad que no es afectada por la injusticia, y que no se compromete en la lucha por la justicia, no es la auténtica caridad cristiana, ni, en consecuencia, la ignaciana. Y que así como sin caridad no hay vida cristiana, sin compromiso por la justicia, tampoco.

Al hilo de esta reflexión de fondo, la conferencia tiene aportaciones magníficas. Por ejemplo, la interpretación que hace de los Ejercicios de san Ignacio como una pedagogía experiencial del amor, y la relectura del proceso de los Ejercicios en esa clave. O la enumeración y descripción de las características de la caridad ignaciana, y en ella, números preciosos sobre la relación entre San Ignacio y sus primeros compañeros o las actividades del san Ignacio General de la Compañía de Jesús con los diversos grupos de los marginados y excluidos de la Roma de su época, o la conducta de los primeros jesuitas ante catástrofes humanitarias.

Hecho ese repaso del amor como clave de la espiritualidad ignaciana, dedica otra parte importante de su conferencia a poner de manifiesto, a partir de textos de San Juan y de San Pablo, la inseparabilidad del amor a Dios y al prójimo.

Y, finalmente, analiza desde diversos ángulos la relación entre justicia y caridad, una relación que no ha sido fácil muchas veces. Sorprende la coincidencia de los argumentos de Arrupe al respecto con los argumentos que en el año 2009 utilizará Benedicto XVI al abordar la misma cuestión en su encíclica “La caridad en la verdad”. Por escoger una breve frase de síntesis de su análisis podemos entresacar del número 64 de esta conferencia aquella que afirma que “la caridad es la vanguardia de la justicia”.

Acabo este apartado este apartado y también esta reflexión sobre el P. Arrupe re produciendo literalmente dos de sus preguntas.

La primera de ellas figura en el nº 41 de esta conferencia:

“Yo me pregunto cuál sería hoy la actitud de Ignacio ante los desastres de nuestra época: los fugitivos del mar, las multitudes hambrientas en el cinturón del Sahara, los refugiados y emigrados forzosos... ¿Sería equivocado pensar que él en nuestro tiempo hubiera hecho más, hubiera hecho las cosas de otra manera que nosotros?”

Le segunda se la hacía a sus hermanos jesuitas al comenzar la Congregación General 32, y nos la hace a nosotros hoy cuarenta años después:

“Es mucha verdad que los problemas nos desbordan y que no lo podemos todo. Pero lo poco que podemos ¿lo hacemos todo?”⁽¹³⁾

.....
13 En “Pedro Arrupe, carisma de Ignacio”, p. 99.



CENTRO ARRUPÉ
JESUITAS VALENCIA

.....
Información

centroarrupe@centroarrupe.com
.....

Toda la información **actualizada** en
www.centroarrupevalencia.org
.....

